

La Casa del Pueblo

Aurora Rodríguez

Nos habían dado una semana para abandonar nuestras casas y hoy por fin, teníamos tres horas de electricidad, pero seguían sin funcionar las líneas de teléfonos e Internet. Después de la última tormenta solar, casi todos los sistemas eléctricos y de comunicación por satélites habían quedado dañados, según informaban las autoridades. No era posible quedarse aquí, media ciudad estaba destruida y los saqueadores y el pánico colectivo había dejado la ciudad sin víveres, agua o combustibles. Hoy hacía buen día y había podido hacer la colada, llevaba tres días sin parar de llover.

La mayoría de la gente, ya se había largado o se preparaban para ello, en un par de días terminaría el plazo para la evacuación que el gobierno había preparado para los ciudadanos y la ciudad quedaría prácticamente abandonada, los soldados los dirigían a los refugios que se habían habilitado, para acoger a todos los que quisieran ayudar a construir la Gran Ciudad Nueva.

Aun no sabía que hacer, tenía el coche en la cochera, llene el depósito antes de que la gasolina escaseara y fuera más cara y estos últimos días, había ido andando a todos sitios para no gastarla. Empecé a preparar cosas y a meterlas en el maletero de mi monovolumen.

-Menos mal que me lo compre...-pensé.

Yo quería viajar, conocer mundo... y si alguna vez tenía que quedarme a dormir en ella, la parte de atrás se convertía en una cama.

Empecé a sacar ropa del armario, no sabía que podía llevarme, ni siquiera tenía muy claro a donde iba a ir. Cogí todos

los vaqueros y las camisetas que más me gustaban, me di cuenta de que mucha de mi ropa se quedaría aquí, también metí en la maleta, abrigos, mantas, toallas, y ropa interior.

Llevaba varios días comprando agua, tenía tres garrafas de ocho litros, y pensé que para varios días sería suficiente. En otra mochila, metí la comida, metí todas las latas de conservas que encontré, pasta, arroz, legumbres, la llené hasta arriba con todo lo que encontré y que no se echaría a perder enseguida. Cuando lo estaba haciendo me di cuenta que no podía llevarme tantas cosas, cada persona podía llevar veinticinco kilos de equipaje y yo ya lo había superado prácticamente solo con el agua. Además no podía llevarme mi coche.

Estaba histérica, bajaba y subía del piso octavo en el que vivía, hasta el garaje con todas mis cosas, iba de aquí para allá abriendo cajones, intentando no olvidar nada que pudiera servirme. Quería llevármelo todo, quería poder coger mi pequeño apartamento y trasladarlo fuera de aquí, donde yo quisiera, en una isla desierta o en medio del campo o en otro planeta, me desesperaba por momentos pero sabía que ya no volvería nunca aquí y que mi vida iba a cambiar para siempre.

Cuando salí del garaje eran las doce de la mañana, y todavía no tenía muy claro que iba a hacer. El único sitio al que podía ir era al pueblo, a la casa de mis abuelos, que hacía tiempo había recuperado y pensé que el destino de algún modo planeaba mi viaje.

Por fin había llegado, allí estaba mi nueva casa, casi se caía a pedazos, una parte de la casa no tenía tejado y la otra parte estaba a punto de derrumbarse, pensé en dar la vuelta, pero

algo me decía que me quedara allí, y pensé que podía intentarlo, que si no salía bien, siempre podría volver a la “civilización”.

Abrí la puerta con la llave, una gran llave de hierro, aunque la puerta casi se podía abrir sola, con un empujón. Al entrar allí me sentí como en casa, todo estaba sucio y roto, pero estaba mejor de lo que esperaba, pensé que se podía reconstruir el tejado y hacer algunos arreglos, allí se podía vivir, por lo menos hasta que construyeran la Ciudad Nueva y todo volviera a la normalidad.

Tenía hambre, así que saque la bolsa de comida que había traído, me senté en una piedra y rebusque en ella algo para comer. Saqué el queso y los embutidos y el pan de molde y me hice un bocadillo y la verdad es que me supo a gloria.

Desde allí tenía unas vistas impresionantes...la casa estaba situado en lo mas alto del pueblo y podía ver toda la ladera llena de pequeñas casas que parecían abandonadas, entre árboles, olivos y piedras, me di cuenta de que de una de ellas salía humo por la chimenea, no se porque pensé que ya no quedaría nadie, pero no era así, aquí todavía vivía gente. Me sentí mejor y el sol asomó de entre las nubes, emitiendo su luz y calor sobre mi y mi nuevo hogar, fue como una señal de que debía quedarme.

Guarde todas las sobras muy bien, dentro de los tapers y volví a guardarlo todo en la mochila que además era de esas refrigerantes.

Me quede allí un rato, mirando el paisaje, la verdad es que me gustaba estar allí, todo el estrés de estos últimos días se

empezaba a disipar, de pronto me sentí muy cansada y con mucho sueño. Saqué de la parte de atrás todo lo que traía, y lo apile a la entrada de la casa. Convertí la parte de atrás de la monovolumen en una cama, era la segunda vez que lo hacía, la primera fue cuando me entregaron el coche, saqué de una bolsa una manta pequeña y me acomode dentro. Hacía un poco de viento y algunas nubes tapaban de vez en cuando el sol, oía el canto de los pájaros...enseguida me quedé profundamente dormida.

Me desperté tranquilamente, hasta tuve que volver a recordar donde estaba y todo lo que había pasado, como si volver a la realidad fuese como regresar de un sueño, de esos que no logras recordar del todo.

Salí del coche, me estire...me dolía un poco la espalda, la verdad es que la cama no era tan comfortable como yo creí, pero me sentía mejor, con mas fuerza. Serían como las seis de la tarde y pensé que debía hacer cosas, antes de que se hiciera de noche. Entre de nuevo en la casa, olía a humedad, y los pájaros habían construido allí sus nidos, se habrían metido por el hueco del tejado que faltaba. Por supuesto no había instalación eléctrica o agua potable.

En lo que parecía la cocina, estaba la chimenea, no había casi nada más, un mueble casi inservible que sólo tenía una puerta, y en el parecía que hubieran anidado ratones o algún otro animal y una mesa redonda. Un hueco en la pared era lo que servía como despensa, recuerdo que mi abuela lo llamaba “la alacena”.

En las demás habitaciones, que serían los dormitorios, no

había nada y tampoco había baño. No había puertas para separar las habitaciones, y las ventanas no tenían cristales. Detrás de la casa estaba el corral para los animales y un trozo de tierra en la que mi abuelo plantaba verduras y cereales.

Encontré el transistor de mi abuelo, era inexplicable para mí como podía funcionar todavía. Toda la tecnología que habíamos creado y que creímos indestructible superada por un viejo transistor de hace casi cien años.

Aquel transistor era mi única conexión con la civilización, al principio no se oía nada, supongo que las emisoras de radio tampoco funcionaban, poco después empecé a escuchar una emisora que sólo informaba de los progresos y problemas de la Nueva Ciudad.

La gente trabajaba ahora para el gobierno, esperaban levantar cuanto antes la ciudad, todos estaban obligados a trabajar, a cambio les daban comida y un techo provisional, les prometían casas mejores, servicios mejores y los llamaban héroes, pero lo cierto es que pasaban mas penurias que yo, trabajaban sin descanso esperando una recompensa que parecía no llegar nunca.

Me alegre de estar aquí, lejos de la civilización de la que yo tanto había ansiado formar parte, ya no me parecía tan maravilloso el progreso y no creía demasiado en esas promesas que escuchaba por la radio.

Decidí quedarme aquí y mucha gente vino después de mi, algunos huyendo de la Gran Ciudad Nueva y otros buscando un destino diferente. Emprendieron una nueva vida aquí, cada

uno arrastraba un pasado diferente pero todos tenían el mismo proyecto en común.

Puse el mantel en la mesa, esto ya empezaba a parecer un hogar, el mantel me lo regalo mi abuela cuando cumplí catorce o quince años, los hacía ella, los bordaba con dibujos, el mío llevaba unas flores que recorrían las esquinas, estaba un poco amarillo de estar guardado, pero hacía juego con la casa. Mi abuela intento enseñarme cuando era pequeña, pero eso de coser no iba mucho conmigo, aunque aprendí la técnica de punto de cruz.

Mi vecino José, que vivían mas abajo, iba a traerme hoy algunas semillas que iba a plantar en el trozo de tierra que había detrás de la casa.

-¿Puedes echarle un vistazo, a ver si lo he hecho bien?-le pregunte.

-¡Claro chiquilla! -me dijo

No se porque me llamaba chiquilla, porque yo de chiquilla ya tenía poco, claro que él, era ya tan mayor, que yo le parecería una chiquilla.

-Si... está bien, ahora tienes que hacer un agujero en el surco, como de un palmo...toma te he traído un amocafre, con esto es mas fácil, dentro pones la semilla, así ves...

Lo hizo, plantó la tomatera, allí mismo... la regó y aplastó la tierra con sus manos.

-En unas semanas, empezará a salir la planta, riégalas a menudo y ya está...

-¿Has visto que fácil chiquilla? -dijo sonriendo.

Sonreía apaciblemente, con una actitud como de en paz con si mismo, que me hacia sentir bien. Me había ayudado

mucho cuando llegué, no sé que hubiera echo sin él y su mujer, que vivían allí desde siempre.

Su mujer, Adela, me trajo jabón para lavar la ropa, que ella misma hacía en su casa con el aceite que sobraba de la cocina, o con cualquier tipo de grasa. Me enseñó a reciclarlo todo y que todo se podía aprovechar, era una mujer sabia y luchadora, que para saber todo lo que sabía y que me enseñaba a mí desinteresadamente, había tenido que pasar mucho en la vida.

Ella me enseñó a recoger las plantas que crecen por aquí, conocía todos sus nombres y algunas veces íbamos las dos por los alrededores, recogiendo plantas y raíces, manzanilla, ortigas, collejas, algunas podían comerse y otras tenían efectos medicinales. La verdad es que apenas utilice el botiquín que traje de la ciudad, tan sólo para curar algunos cortes use las vendas, tiritas y cosas así.

Iba siempre de negro, desde que tenía treinta y tres años, según me contó un día, cuando murió primero su madre, después su padre y por ultimo uno de sus hijos recién nacido. Tuvo ocho hijos, y todos se fueron del pueblo, al principio volvían a casa en vacaciones, ahora ya no, ellos tenían sus propias familias, hijos y nietos y vivían lejos. Creo que cuando me vio a mí por aquí, pensó que quizás, alguien de su familia también volvería al pueblo, como yo lo hice.

Cuando íbamos juntas a por agua, o a lavar al río, me contaba muchas cosas de antes, de cuando ella era joven, cuando tuvo a sus hijos en medio del campo sin nadie que la asistiera. Cuando la escuchaba, mientras frotaba el jabón por la ropa, que apoyaba en cualquier piedra de río, intentaba imaginar su vida,

la admiraba por su lucha infatigable y por su fe, tenía más de noventa años y a veces tenía más energía que yo. Fue como mi madre y yo fui como su hija.

Lo ví por la ventana, ya lo había visto antes, pero de más lejos, no sé por qué de repente quería verle, incluso me levantaba más temprano para verle pasar con sus cabras. Se llamaba Enrique, me lo había dicho José, vivían al otro lado del pueblo. Por lo visto era el único hombre joven que quedaba por aquí...

-Alomejor este es el mío... -pensé

Era alto y delgado, y andaba con paso firme por el campo, iba con su vara y sus botas altas, parecía atractivo y me preguntaba como sería su cara o como hablaría, que voz tendría y que le diría si me lo encontraba por ahí; lo miraba caminando por ahí... libre... y en mi cabeza había pensamientos amorosos, o incluso porque no decirlo, sexuales.

De pronto me di cuenta de que se acercaba a mi casa, venía con su vara y algo en las manos...El corazón empezó a palpitarme tan rápido que creí que no podría hablarle sin parecer estúpida. Me arregle un poco el pelo y me eche un poco de agua en la cara, pellizqué mis mofletes para darles color y estiré mi ropa,

-¿Hola?! -grito desde fuera

-¡Voy! -dije yo, intentando disimular mis nervios.

-Hola, me llamo Enrique, - dijo y me mostraba lo que traía en las manos- te he traído un queso de los que hacemos, para que lo pruebes.

-Muchas gracias -dije

Nos quedamos en silencio, yo no sabia que mas decirle, el

también me miraba sin decir nada.

-Si te gusta puedo traerte más...y si necesitas algo más, vivo abajo del pueblo, si me buscas pregunta por Enrique “el de los quesos”, todos me conocen.

-¿Vale! -dijo entusiasmada.

-Bueno, tengo que irme, ya sabes...lo que necesites...

-dijo sonriendo.

Tenía una sonrisa perfecta y era muy guapo, me sentí atraída por él enseguida y creo que yo también le gusté.

No podía creer que alguien tan guapo estuviera aquí, en este pueblo perdido, volví a pensar en el destino, quizás el también esperaba a alguien como yo. Lo ví alejarse, con esos andares que no podía dejar de mirar, me gustaba su espalda, se alejaba e iba recogiendo a sus cabras y llevándoselas con ayuda de su perro, las llamaba por su nombre y con sonidos extraños y las ovejas iban agrupándose, otra vez, para continuar con su camino.

Nunca tuve que ir a buscarlo, no sé como, pero a partir de aquel día nos veíamos más que antes, no sé si era él o era yo, o el destino que se empeñaba en juntarnos. A veces nos encontrábamos en el río y ya no nos separábamos, él me ayudaba y después yo le acompañaba por el campo. Nunca había conocido a un chico como él, tan natural, tan espontáneo, tan seguro de si mismo, me gustaba cada vez más y pensaba que el amor llega en los lugares o momentos mas insospechados.

Mi amor por Enrique no se ha desvanecido, al contrario...seguimos mirándonos a los ojos y miramos a nuestro alrededor, a nuestros hijos... y nos sentimos felices y satisfechos. A veces ya no necesitamos ni palabras.

Siempre me levantaba temprano, el sol me despertaba cada mañana,...oía el canto de los pájaros,... el viento entre las ramas de los árboles y cuando llovía, el repicar de las gotas golpeaba mi inestable tejado. Cuando llovía tenía que dejar cuencos por toda la casa por las goteras y la humedad parecía ir devorando las paredes, pero en los días de calor, todo volvía a secarse y el agua de los cuencos me servía para lavarme, para cocinar e incluso para beber.

Cuando llegaban los días de calor tenía que bajar al pueblo y llenar mis garrafas de agua, había un manantial que daba agua fresca y transparente. A veces tenía que dar más de un viaje. Mis vecinos tenían un mulo, creo que era mas viejo que ellos y algunas veces me ayudaban a subir el agua hasta mi casa si el animal no iba muy cargado... a mí, me daba pena, prefería hacerlo yo, pero ellos siempre insistían en ayudarme.

Lo primero que hacía al levantarme era encender el fuego, ya fuera invierno o verano, porque lo necesitaba para cocinar además de para calentarme en los días de frío. Me tomaba mi café, indispensable, para poder empezar el día con energía. Lo traían a la única tienda que había en el pueblo, lo de tienda es por decir algo, porque aquello era un granero lleno de productos de lo más básico.

Tenía tres gallinas y una cabra, si... Enrique me la regalo por mi cumpleaños. Por la mañana revisaba el agua de los animales y les dejaba salir del corral, no tenía que darles de comer, ellos mismos buscaban por el campo su alimento, yo les guardaba las sobras si es que las había, cáscaras de frutas y

cosas así. Cuando llegue aquí, deje de comer carne, pues no tenía valor para matar a ningún animal, desollarlo, descuartizarlo y después comérmelo.

En la época de la matanza, ayudaba a José y Adela, los preparativos empezaban días antes, aquellos días eran como una fiesta, antes de matar a los cerdos, teníamos que preparar muchas cosas, pelar cebollas, y calentábamos mucha agua, el fuego no se apagaba durante varios días, después había que preparar y guardar cada parte, todo se aprovechaba, la grasa, las tripas servían para envasar los embutidos, nos tirábamos varios días así, cuando terminábamos hacíamos una gran comida, y José sacaba el vino que hacía, cantábamos y bailábamos, nos sentíamos felices y dábamos las gracias a Dios por el alimento.

Nuestros hijos nacieron aquí, en la casa del pueblo, los embarazos fueron una tortura, no paraba de vomitar y todo me daba asco, cualquier olor...imagínate...

La madre y la abuela de Enrique, me asistieron en el parto de Carlos y por su puesto allí estaban también, José y Adela. Todas estas mujeres habían parido aquí en el campo, a veces a solas, y otras trabajando, contaban de mujeres que morían pariendo a sus hijas o hijos que nacían muertos o morían poco después. Ellas sabían como hacerlo, ellas asistían a los animales en los partos...

Los dolores fueron terribles, creí que iba a morir y el parto se alargó hasta casi el amanecer. Tuve mucho miedo, quería ver a mi hijo cuanto antes, quería saber que todo iba bien y quería tener fuerzas para empujar y para soportar aquel intenso dolor ...no sabía si lo resistiría, cuando le oí llorar y ví su caras

de alegría... Adela y yo llorábamos cogidas de la mano,...la madre de Enrique me lo puso encima con el cordón umbilical sin cortar todavía, aún conectados y mi hijo conmigo amarrándose a la vida.

Estuve muy débil algunas horas, pero enseguida me recupere, quería estar con mi hijo, lloraba mucho y yo quería cogerlo, protegerlo de todo, hablarle, hacerle sentir seguro.

Le di el pecho durante un año y después le dábamos la leche de oveja rebajada con agua, le encantaba la leche caliente con pan por las mañanas.

Aprendí a hacer el pan, y cada mañana hacía la masa y la dejaba fermentando, mientras encendía el fuego. Para cuando mi hijo se levantaba por la mañana, yo ya tenía el pan y Enrique se encargaba de la leche. Se sentaba a la mesa, medio dormido y desayunábamos juntos. Enrique sacaba las ovejas y se iba y no volvía hasta caer la tarde. Carlos y yo, cuidábamos el huerto, íbamos a por agua o a por leña para el fuego.

Mientras yo preparaba la comida, el jugaba por el campo, con lo pequeño que era, ya se conocía casi todo el pueblo, tenía a su perro y le enseñaba trucos. Cuando veía a Enrique asomar con las cabras, salía corriendo a su encuentro y le contaba todo lo que había hecho, y volvía a preguntarle como todos los días, cuando lo llevaría con él.

-Ya soy mayor - le decía a su padre.

-Pronto Carlos, no seas impaciente -le decía siempre Enrique.

Eran días muy felices, en los que disfrutábamos de paz,

de tranquilidad, de amor, de conversaciones profundas mientras mirábamos la lluvia de estrellas en verano o pasábamos las tardes de invierno delante de la chimenea.

Poco tiempo después estaba embarazada de nuevo y nació mi segundo hijo, Leo. El tuvo más prisa por salir y yo se lo agradecí. Era un torbellino y enseguida se hizo con el hábitat, pronto estaba con su hermano corriendo por el campo, inventando travesuras y cogiendo bichos del campo.

Le gustaba cazar y a veces venía con algo para comer, que él solo había cazado, tenía el instinto de supervivencia muy desarrollado. Fabricaba tirachinas para derribar a los pájaros o lanzas para coger los peces en el río.

En casa, cada uno se ocupaba de sus tareas, yo me pasaba el día cocinando y preparando alimentos, los niños se ocupaban del huerto y de la leña y Enrique seguía con sus cabras y hacía el queso. Cuando los padres de Enrique fueron mayores y no pudieron seguir con su negocio del queso, nosotros nos ocupamos de seguir la tradición familiar, así conseguimos reunir un poco de dinero y arreglar el tejado, las puertas y ventanas.

Cuando llegaba la época de cosecha, los niños y yo llevábamos nuestras frutas y verduras a la tienda y a cambio nos daban los productos que necesitábamos, legumbres, arroz, café, azúcar, sal y cosas así.

En Navidad y Semana Santa, las mujeres del pueblo nos reuníamos para hacer dulces y cuando los hombres volvían del campo les esperábamos ansiosas para que los probaran, cada una tenía sus recetas y competíamos a ver cuáles eran los más

buenos, acompañados de un buen aguardiente los hombres entraban en calor y compartíamos todos aquellos momentos.

No era todo felicidad, pero estábamos unidos, nos teníamos unos a otros y así todo parecía más fácil y llevadero.

Me sigo levantando temprano, hago el pan y cuido de mi huerto. Sigo paseando por el campo cuando hace bueno, y busco raíces y plantas. Sigo haciendo mi jabón, algunas de mis nietas quieren que les enseñe, para emprender un negocio de cosmética natural.

Al igual que muchos jóvenes, mis hijos quisieron experimentar el desarrollo...el progreso. Leo regresó aquí con su familia, y Carlos viene y va, él quiere cambiar el mundo y cree que debe hacerlo así, yo lo respeto, cada uno debe elegir su camino, y cada uno tiene un camino que seguir.

En los días de verano, Enrique y yo salimos a contemplar el firmamento repleto de estrellas y me sigo sintiendo tan pequeña...Creo en Dios y le doy las gracias por todo lo que me ha enseñado a través de los años.

Sólo puedo pedirle ya, que el paso al otro mundo sea fácil para mi y para los que dejo en la Tierra y que alguna huella de mi se quede en éste, mi pueblo.